

Nuevas tensiones en Oriente Próximo

*El presidente estadounidense **George Bush** presentó la visita que el 9 de enero pasado realizó a Oriente Próximo como un mensaje de libertad. Al Qaeda invitó a recibirlo con bombas y trampas.*

Los palestinos, en su inmensa mayoría, describieron el viaje como «un paso más a la paz —no la suya— que EE UU quiere imponer en beneficio propio». El denominado «Ejército de la Nación Islámica», grupo armado palestino hasta ahora desconocido, definió el viaje como «una mediada tramposa para los árabes y electoralista para los americanos».

Sin duda alguna, en un año electoral, el viaje del republicano Bush debe interpretarse primeramente en clave de política interior. Lo primero que busca son réditos en las urnas, como los buscó antes al final de su mandato con un viaje semejante el demócrata Bill Clinton. Pero la especial solemnidad de esta gira, el momento en que se ha celebrado y los movimientos diplomáticos anexos indican que algo se ha agravado en un conflicto enquistado desde hace más de sesenta años.

Un corolario y ampliación de Anápolis

El viaje tuvo dos itinerarios físicos y políticos: por una parte Israel–Palestina y por otra los países árabes de la zona más próximos a Occidente. En primer

lugar, Bush visitó el escenario central del conflicto, donde se entrevistó con el primer ministro israelí Ehud Olmert, y con el presidente de la Autoridad Nacional Palestina Mahmud Abbas (*Abu Mazen* en la clandestinidad). Estas entrevistas son una consecuencia de las negociaciones tripartitas celebradas en Anápolis (Maryland, EE UU) los días 27–29 de noviembre de 2007. En ella el presidente americano se manifestó dispuesto a *«ejercer toda su capacidad de presión para que palestinos y judíos avanzaran hacia una paz imperiosamente necesaria para unos y otros»*. En la misma conferencia, Condoleezza Rice, asesora presidencial en cuestiones de seguridad, concretó el sentido de las palabras presidenciales: *«Es la hora de establecer un Estado palestino. EE UU apoya la convivencia de dos Estados en la zona, el Israelí y el Palestino, algo totalmente esencial no sólo para israelíes y palestinos sino para todo Oriente Próximo e, incluso, para los intereses de Estados Unidos»*.

Después de entrevistarse con los máximos dirigentes palestinos e israelíes, el presidente visitó Kuwait, Bahrein, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita. En todas estas escalas la diplomacia norteamericana se empleó a fondo tratando de poner en marcha varios objetivos. El primero consiste en formar un cinturón de seguridad que, a la vez que garantice la supervivencia de las mismas monarquías hereditarias del Golfo Pérsico, proteja a los americanos y los intereses occidentales frente a Irán y Siria, potencias que los americanos incluyeron en su momento en el *eje del mal*, aunque Bush ya no utilice esta terminología. Se pretendía, en segundo lugar, conseguir una alianza de tono menor que amortigüe el eco de la tragedia de Irak y de legitimación de la democracia tutelada por la que EE UU apuesta allí. Un tercer objetivo era asegurarse un espacio de garantía para el suministro de petróleo. *«Aún hay una oportunidad para la paz»*, el lema preferido por George Bush durante la gira de enero, parecía pensado para que la opinión pública no percibiera estos propósitos concretos. Pero de darles relevancia se han encargado las emisoras y páginas Web árabes que reiteraron insistentemente: *«El viaje no es en interés de los árabes sino de los EE UU»*.

El mensaje de optimismo que ha querido transmitir la Casa Blanca, la ANP e Israel contrasta con el escepticismo y recelo con que la mayoría de los palestinos de la franja de Gaza ha recibido a Bush: *«No podemos esperar nada bueno de él»*, decía una pancarta; *«Recibámoslo con bombas y trampas»*, clamaba en un vídeo de amplia difusión Azam el Americano, converso estadounidense al Islam, que ha decidido iniciar la guerra Santa en Pakistán. Una vez más, se pone de manifiesto que entre la propaganda y los hechos media un gran trecho. El solo hecho de que hayan sido necesarios la cumbre de Anápolis y la visita de Bush a la zona demuestra que el fracaso de la *hoja de ruta*, propuesta en 2002 con un gran componente de utopía y que a estas alturas debería

haber conducido ya a la plena normalización geopolítica de Palestina con el pleno establecimiento de un Estado palestino democrático, seguro y económicamente viable. El principal escollo, al que la hoja de ruta no presta atención suficiente, son los problemas ligados al conflicto palestino, sobre todo la cuestión del Líbano, donde la presencia de milicias proiraníes (*Hezbollah*), de las milicias proirias y los inevitables choques periódicos con Israel hacen prácticamente ingobernable el país. La resolución 1559 de la ONU impone la retirada de Líbano de todas las tropas extranjeras, pero es tan papel mojado como las resoluciones que se refieren a la retirada israelí de los territorios ocupados.

Los objetivos incumplidos de la *Hoja de ruta*

En septiembre de 2002 la Unión Europea aceptó la propuesta americana de avanzar por etapas hacia una solución definitiva del conflicto palestino-israelí. En realidad la *hoja de ruta* es un cambio de estrategia encaminada a aplicar paulatinamente las resoluciones 242, 338 y 1397 del Consejo de Seguridad de la ONU y que se resumen en el principio *paz a cambio de territorios*. A esta propuesta se la denominó *hoja de ruta*, cuyo desarrollo debía ser impulsado y fiscalizado por el llamado *cuarteto de Madrid* (ONU, EE UU, Rusia y UE). La *hoja de ruta* partía del principio *paz a cambio de territorios* y establecía tres fases: en la primera, fijada entre septiembre de 2002 y mayo de 2003, se debía poner fin al terrorismo y la violencia, a la vez que se promovían las instituciones del futuro Estado palestino y se elaboraba un anteproyecto de constitución; en la segunda, fijada entre junio y diciembre de 2003, se debían celebrar elecciones, ratificar en referéndum la constitución palestina y convocar una conferencia internacional para una solución global para la zona —Israel, Palestina, Siria y Líbano—; en la tercera, entre 2004 y 2005, se debía fijar el estatuto definitivo del Estado palestino con delimitación de fronteras y reconocimiento internacional.

Aunque se han dado pasos aislados en todas las fases, no puede decirse que se haya cumplido ni tan siquiera la primera, puesto que la violencia continúa por una y otra parte. El incumplimiento sistemático de la *hoja de ruta* creó un gran desencanto ya en 2004. A pesar de este clima, el 8 de febrero de 2005, Ariel Sharon y Abu Mazen dieron pie a nuevas esperanzas al pactar un alto el fuego en la localidad egipcia de Sharm el Sheij y su voluntad de retomar el camino marcado por la *hoja de ruta*. La violencia no cesó entonces ni ha cesado desde entonces.

Por otra parte, aunque Israel acepta la creación de un Estado palestino, se muestra muy reticente a que disponga de fuerzas armadas propias y a que

pueda ejercer el control de sus fronteras. Ello no quiere decir que Israel no haya hecho concesiones, sino que estas concesiones son insuficientes. Un paso importante fue la llamada *desconexión unilateral de Gaza* (agosto de 2005), con la evacuación forzosa de 8.500 colonos israelíes de 21 asentamientos en la franja que si bien fue planteada por el Estado judío como un paso de buena voluntad hacia la paz, fue interpretada por los palestinos como una maniobra para diferir *sine die* la creación del Estado palestino, ya que reforzaba el control israelí sobre Cisjordania. Los sectores radicales palestinos, a pesar de la desconexión de Gaza, han continuado bombardeando sistemáticamente posiciones israelíes. Este sector más radical ha venido actuando como si los palestinos necesitaran el enfrentamiento permanente con el Estado judío para consolidar su propia identidad nacional y como si un cese prematuro y definitivo de las hostilidades fuera una amenaza para la supervivencia como nación.

El fracaso de la cohabitación Palestina

El triunfo de *Hamas* en las elecciones palestinas obligó a al presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmud Abbas, del partido *Al Fatah*, a nombrar como jefe de gobierno a Ismail Haniyeh, líder de *Hamás*, considerada por EE UU e Israel como una organización terrorista. Israel trató de asfixiar económicamente a la ANP, reteniendo las transferencias de los derechos de aduana que, como controlador de las fronteras, Israel percibe sobre todas las mercancías que entran en los territorios palestinos. Europa congeló las ayudas. La situación se hizo insostenible para los palestinos. La cohabitación entre los moderados de *Al Fatah* (Abbas) y los radicales de *Hamás* se hizo imposible; la penuria de los palestinos de Gaza insoportable.

En junio de 2007, Abu Mazen ilegalizó al grupo radical *Hamás*, vencedor de las últimas elecciones palestinas y expulsó a al primer ministro Haniyeh. Esto provocó que *Hamás* se lanzara a la calle reclamando la restitución de su «derecho democrático a gobernar» por delante de *Al Fatah* a la que había superado ampliamente en las urnas. De este modo, las dos facciones palestinas se enzarzan en una verdadera guerra civil que conduce en la práctica a dos gobiernos paralelos: el oficial, que domina sólo en Cisjordania, y *Hamás*, no reconocido, pero que gobierna efectivamente en Gaza.

Radicalismo y desesperación

Desde principios de enero pasado los bombardeos de *Hamás* contra el sur de Israel son diarios. La respuesta militar de Israel —voladuras de casas,

Nuevas tensiones en Oriente Próximo

asesinatos selectivos con misiles, incursiones con tanques— es, como siempre, contundente e inmediata. Incluso ha amenazado con volver a invadir Gaza.

Mientras tanto aprieta el cerco a Gaza, franja a la que ya se la define como la mayor prisión del planeta. El 17 de enero de 2008 Israel impermeabilizó la línea de separación y bloqueó toda entrada y salida de la franja. La desesperación ante la falta de alimentos, medicinas y combustible hizo que una muchedumbre de palestinos, tras romper el muro con una excavadora, irrumpieran en Egipto por la frontera de Rafah.

El radicalismo de *Hamás* ha provocado también el incremento del radicalismo en Israel y en EE UU. Los partidos ortodoxos judíos multiplican sus gestos de rechazo a volver a las fronteras anteriores al 4 de junio de 1967 —Guerra de los Seis Días—, condición indispensable para la paz. Muchos dirigentes árabes de la zona aun se niegan a reconocer el derecho del Estado judío existir, cuando el reconocimiento de este derecho es también condición imprescindible para la paz. El presidente iraní Ahmedinejad va más lejos y reitera a menudo que es preciso echar a Israel de la zona, para que ésta consiga vivir en paz. La visita del dirigente iraní a Irak, prevista para el 19 de marzo, será aprovechada sin duda para fustigar la dureza de Israel y la agresión norteamericana. Este discurso enardece a los radicales y hace radicales a los moderados árabes, pero también incrementa el radicalismo israelí donde los partidos ultraortodoxos justifican la dureza de las respuestas judías a los bombardeos palestinos apelando a la propia supervivencia afirmando que «sin esa dureza, Israel ya no existiría».

La opinión pública americana también se está endureciendo, como reacción al radicalismo de *Hamás* y de los diversos grupos islamistas y como defensa preventiva ante el miedo en que vive la sociedad estadounidense desde el 11N. El AIPAC (*American Israel Public Affairs Committee*) se muestra en estos meses especialmente activo. El AIPAC es la manifestación organizada más potente del *lobby* judío en Estados Unidos, pero en este país, donde los *lobbies* están reconocidos como grupos legales de opinión, los judíos disponen de otros muchos medios que contribuyen a inclinar la opinión pública a su favor: editoriales, medios de comunicación, asociaciones recreativas, clubes, fundaciones de todo tipo, empresas y presencia de personas en los organismos más diversos —gobierno, servicios de inteligencia, Congreso y Senado, diplomacia, etc.—. El reciente endurecimiento no es general. En Nueva York, San Francisco, Washington y otras ciudades ha habido manifestaciones judías pidiendo el abandono de los territorios ocupados y la aceptación leal de un Estado palestino.

Posiciones éticas de complicada ejecución práctica

De todos los datos anteriores se puede legítimamente inferir que el nido de serpiente que es Oriente próximo está expuesto a una gran erupción susceptible de incendiar toda la región. Prevenir esta catástrofe es un deber nada fácil de los políticos.

Algunos plantean un acercamiento a Irán para apaciguarlo. Otros comentaristas excluyen la eficacia de esta aproximación y recuerdan el acercamiento de Inglaterra a Hitler en Munich (1938) que no sirvió más que para exacerbar el expansionismo totalitario del fúhrer.

Otros creen que el previsible triunfo demócrata en las próximas elecciones estadounidenses llevará a la presidencia a una personalidad (Obama o Clinton) capaz de ejercer sobre Israel una presión más eficaz que la que ha ejercido la administración republicana. No es probable que así suceda porque la continuidad en política exterior es una constante de todas las administraciones estadounidenses desde la segunda guerra mundial y, por otra parte, el *lobby* judío tiene, como dicen los analistas árabes, dos versiones intercambiables, la demócrata y la republicana.

En todo caso, es necesario que la prensa independiente de EE UU y de todo el mundo denuncie la escasa presión que EE UU ejerce sobre su aliado Israel. Todos debemos contribuir a que la mayoría de los israelíes comprendan, como ya acepta una minoría, que sin la vuelta a las fronteras del 64 y sin la creación de un verdadero Estado palestino no es posible la paz. Es claro que el *cuarteto de Madrid* no ha sido capaz de convencerlo y que, dentro del *cuarteto*, EE UU, principal actor, ve el enfrentamiento de palestinos e israelíes como una pieza de ese juego de bolos en el que se juegan su hegemonía estratégica. A pesar de que en el *cuarteto* son cuatro los actores, el papel de uno, EE UU, es más permanente y más fuerte que los otros tres. Sería necesario un mayor equilibrio entre los mediadores. Sigue estando vigente lo que escribió Moratinos cuando era delegado de la Unión Europea para la zona: «*Se han hecho patentes los límites de la pax americana. Se debería compartir la carga de la mediación con otros actores internacionales*».

Quizá ha llegado el momento de modificar la *hoja de ruta* y de sustituir el *cuarteto de Madrid* por un comité internacional más amplio y con capacidad de imponer sanciones a la parte o a las partes que no cumplan los compromisos. Pero, mientras no se proponga una alternativa válida es preciso no cejar en el esfuerzo de ejecutar los programas pendientes y de recuperar el retraso en los incumplidos. ■